

EL LIBERTADOR Y LA IGLESIA

Por el Excelentísimo Señor GUILLERMO ESCOBAR VELEZ

(Discurso leído por su autor al discernirle la Universidad Pontificia Bolivariana el grado de doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras).

He de confesar, para ser sincero, que, si la noticia de que la Pontificia Universidad Bolivariana, con aquiescencia de la Santa Sede, me otorgaría el título de Doctor, Honoris Causa, en Filosofía y Letras, no pudo impedir mi profundo agradecimiento por lo inesperada y tuvo que afianzar mi devoción por Roma benévola y por la Bolivariana dadivosa, sí amedrentó, más de una vez, mi timidez por hacerme sentir que en las secretas estancias personales no hay suficiente bagaje para retribuir el honor dispensado y por hacerme pensar que había de pasar por el trance en que ahora me tienen los designios siempre adorables de la divina voluntad.

Y es que si la imaginación pudo mirar desde hace días la aristocracia del aula ennoblecida por los sagrados símbolos de la Iglesia y de Colombia y por la efigie veneranda del Papa y la gallarda del Libertador, el seso y la reflexión hubieron de ponderar la excelencia y prestigio de los preclaros varones que, en los cuatro lustros de vida de la Universidad Bolivariana, han merecido el doctorado por motivos de honor, y, al ver en sus sitiales el tesoro de su saber y la ejemplaridad de su vivir, timidez hubo de sentir quien, al ser benévolamente declarado su colega, por fatuo hubiera de pasar si creyera que es igualdad de mérito lo que le ha logrado igualdad de honor; siendo que hay veces, en que el cariño, la noble gratitud hasta por el deber cumplido y la veneración por el carácter sagrado con que Dios señala a quien quiere, mueven a dar inmerecido honor, honrándose con él más que nadie, la misma generosidad de los dadores.

Es la sincera excusa que os presento al aparecer en la legión de honor de más noble estirpe, en la Pontificia Universidad Bolivariana. Aunque oír apenas los nombres de quienes la integran aumente mi encogimiento, escucharlos con respeto es dar gloria a la Universidad, y en eso me complazco.

Esteban Jaramillo, de gloriosa memoria en los fastos de la economía nacional. Guillermo Jaramillo Barrientos, nombre como sinónimo de honorabilidad, acierto en el consejo, finura de la amistad. Gonzalo Restrepo Jaramillo, que con su saber y su bello decir clásico ha sabido honrar las altas posiciones para que lo ha señalado su excepcional valer. Mariano Ospina Pérez, que será ante la historia uno de los más preclaros hijos de Colombia. Miguel Moreno Jaramillo, cuyo justo elogio sólo podrán hacer unos muy pocos porque en el justiprecio de lo intrínsecamente muy valioso no todos son peritos. Juan de la Cruz Posada, tan singularmente admirado por su ilustración entre sus coetáneos, como respetado por las generaciones nuevas. Francisco Marulanda, que se fue ya al cielo a brillar con luz indeficiente, según la promesa divina, porque enseñó a muchos la justicia. Emilio Robledo, en cuyo hogar se remansó el honor, cuya mente y cuyo corazón dignificaron el saber erudito y el cristiano vivir.

Feliz acierto de tino y delicadeza fue la escogencia del Dr. Fernando Gómez Martínez para realzar el valor espiritual de este acto académico: su voz amiga me conforta; siento aquí presente mi amadísima diócesis de Antioquia, porque la voz amiga también es ferviente voz cristiana diapasonada allá; y el inmerecido elogio que, aunque justamente escandaliza a muchos, yo sé agradecer muy de corazón, tendrá como explicación el cariño que se me profesa por ser Pastor de la grey antañona, desapareciendo así el escándalo de tántos, y quedando yo a salvo hasta de la tenue insinuación de vana tentacioncilla.

Acrezca Dios los tesoros de bien en las arcas de la Pontificia Universidad Bolivariana en pago y recompensa de los dones que ella dispensa con mano tan munífica.

Sed indulgentes para oír lo que, como ramoneando primero silvaré luego para relieves una vez más la personalidad del Libertador Don Simón Bolívar que bien quiso mantener cordiales relaciones con los obispos, porque supo entender la incomparable influencia que ejercen en los pueblos y propició eficaz y oportunamente las relaciones con el Romano Pontífice para defender a las naciones recientemente emancipadas del terrible peligro del cisma.

He aquí el aspecto que en 1826 presentaba la Iglesia hispanoamericana, según descripción del Padre Leturia: "Al norte, está vacía la opulenta Metropolitana de Méjico; y de sus ocho mitras sufragáneas, sólo Puebla, Oaxaca y Yucatán conservan sus Pastores, el último octogenario. El Arzobispo de Guatemala es el único Prelado que aparece en los documentos vaticanos de Centro América, y aún ese fue expulsado no mucho después a Cuba. En la Gran Colombia vemos vacantes todas las iglesias de Venezuela, menos la de Mérida y de Maracaibo; vacantes o abandonadas todas las de Ecuador, y entre las neogranadinas sólo una provista, Popayán. De Colombia para abajo es todavía más lastimoso: un obispo completamente arruinado e inservible, lejos de su diócesis de Cuzco; otro privado del todo de la razón, en Paraguay; dos o tres más refugiándose en España, y fuera de eso, en Argentina, en Chile, en Perú, en Bolivia ni un solo Pastor que ordene

sacerdotes y consagre cálices y los santos Oleos, como no sea el que por su soledad, su duración y su celo apostólico mereció el glorioso dictado de "Padre Espiritual de la América", Monseñor José Sebastián Goyeneche de Arequipa".

La inteligente mirada cristiana de Bolívar tiene, pues, que posarse sobre dos Prelados; Monseñor Rafael Lasso de la Vega, criollo, Obispo de Mérida y de Maracaibo; y el Obispo de Popayán, Salvador Jiménez de Enciso, español, de Málaga de Andalucía.

Cuando, después de la batalla de Boyacá, Mérida, Barinas y Trujillo simpatizan con el levantamiento casi total de la Nueva Granada, el Obispo Lasso, fiel a su deber de lealtad al Rey, contribuye a organizar la recolección de fondos para la guerra y promulga una pastoral en que grava la conciencia de sus diocesanos si no siguen las banderas del Rey, y aún llega a suspender a los sacerdotes que no huyan ante las de Bolívar.

La revolución de Quiroga y Riego, primero, y, en seguida, el espíritu anticatólico de las Cortes que decretan expulsión de Obispos, expropiación de bienes eclesiásticos, supresión de conventos y secularización de monjas, y torturan más el martirizado corazón de Pío VII, cambian en republicano el antes espíritu realista del Obispo de Mérida que está listo a presentarse al Congreso que se ha trasladado de Angostura a Cúcuta.

Cuando allá se dirige, tiene noticia, en Trujillo, de que Bolívar se acerca a esta ciudad. Así describe el mismo Obispo su entrevista con el Libertador: "Al llegar a Trujillo supe llegaría al otro día el Excelentísimo Señor Presidente. Le ofrecí me sería de satisfacción salir a recibirlo; pero que era más conforme hacerlo en la puerta de la iglesia con los ritos del pontifical. La contestación de Su Excelencia fue presentármese a dicha puerta, teniendo yo el mayor gozo de verle edificar a todo aquel pueblo, arrodillándose a besar la Cruz, y luego a las gradas del presbiterio, hasta que concluidas las preces, di solemnemente la bendición". El final de la entrevista fue muy cordial: "el recibimiento todo fue urbanidad y cariño", dice el mismo Señor Obispo; y cuando el Libertador le trató los asuntos de patriotismo, gobierno e independencia, manifestó que siempre se había preciado de haber nacido americano; que jamás había halagado a la corona con la exageración del derecho divino de los reyes; que la acción de Boyacá había dado notable avance a la República; que la edad viril de la América favorecía la Independencia y que los atentados de las Cortes contra la Iglesia y la religión eran muy graves.

Cuán grata haya sido para Bolívar esta entrevista lo demuestra una carta que, desde Guanare, dirige a Don Fernando Peñalver el 20 de mayo de 1821: "Recomiendo a usted mucho, le dice, el Obispo de Maracaybo para que le traten bien, pues es un santo hombre, lleno de eminentes cualidades y que aborrece ya más a los liberales de España que a los patriotas porque aquellos se han declarado contra las instituciones eclesiásticas cuando nosotros las protegemos".

El mismo Santander escribía hablando de Monseñor Lasso: "El Obispo está más patriota que Bolívar. Ha tenido cuatro conferencias conmigo: es una fortuna loca tenerlo en la República".

La fuerza de los hechos halló en Monseñor Lasso criterio honrado y recto y mudó fundamentalmente sus apreciaciones y su conducta. Y la divina Providencia que todo lo gobierna puso en manos de Bolívar un mediador eficaz para sus sabios planes de acercamiento a Roma.

Qué difícil, por no decir imposible, parecía que el otro Prelado neogranadino, Monseñor Jiménez de Enciso, Obispo de Popayán, hiciese causa común con el Libertador; era español; el real Patronato lo había señalado para el Episcopado con la esperanza de que sería un Prelado político religioso; empleaba todas sus rentas en vestir y organizar las tropas realistas; promulgó un decreto de excomunión para todos sus diocesanos que prestasen ayuda a los republicanos; y cualquiera es capaz de calcular la poca simpatía que le merecería el gobierno de la Nueva Granada, sabiendo que Santander en decreto de 11 de enero de 1820, "en uso de la autoridad económica y tuitiva del gobierno", declaró desterrado al Obispo Jiménez de Enciso y vacante su Sede de Popayán, y que el Congreso de Cúcuta ratificó después las mismas determinaciones anticánónicas del Vicepresidente Santander.

El hecho es que cuando el Libertador, a fines de 1821, determina actuar contra los realistas desde Popayán mientras Sucre lo hará desde Guayaquil, y antes de dar, en febrero de 1822, la generosa proclama a las patianos, pastusos y españoles, escribe una carta, el 31 de enero, al Obispo de Popayán en que con genial estrategia empieza a realizar el plan concebido para el logro de una victoria que juzga definitiva. A esa carta no dio respuesta el Obispo Jiménez. Sólo después del triunfo de Pichincha cuando Bolívar propuso honrosa capitulación a los pastusos, más realistas que los peninsulares, sólo entonces, el 7 de junio de 1822, escribe Monseñor Jiménez de Enciso al Libertador, y le dice entre otras cosas: "... he permanecido en esta ciudad (Pasto) sin querer tomar otro ningún partido, lisonjeándome de que Vuestra Excelencia no dejará de dispensarme la protección que me tiene ofrecida.

"He sido invariable en los principios de fidelidad para con la nación de quien dependo, y este carácter honrado y consecuente, creo me debe hacer más recomendable a los ojos de un generoso guerrero y un pacífico conquistador como lo es V. E.

"Por motivos poderosos que me asisten de conciencia y políticos, sólo deseo que V. E. usando de su generosidad, me conceda la gracia de darme mi pasaporte para regresar a mi país, en donde sólo apetezco vivir retirado en el rincón de un claustro, para concluir mis días en tranquilidad y reposo... Si V. E. me concede como espero, el pasaporte y yo puedo ser útil tanto en la Corte de España como en la de Roma, para procurar los intereses de la república de Colombia, yo me honraré con la confianza que V. E. hiciese de mí, bajo la segura confianza de que soy hombre de honor y de carácter que no faltaré a mis promesas y haré cuando pueda en favor de estos pueblos, a quienes he amado desde mi juventud y los amaré hasta la muerte".

Tres días después la sagaz inteligencia del Libertador respondía a esa carta con tal habilidad y fuerza de persuasión que el triunfo deseado no se hizo esperar. Aunque carezcamos de tiempo para dar su

texto íntegro, no podemos omitir la cita de algunos apartes. “Yo soy, dice, el primero, Ilustrísimo Señor, en tributar mi entusiasmo a todos los personajes célebres que han llenado así su carrera hasta el término que les ha señalado la Providencia, pero yo no sé si todos los hombres pueden entrar en la misma línea de conducta sobre una base diferente. El mundo es uno, la religión es otra. El heroísmo profano no es siempre el heroísmo de la virtud y de la religión. Un guerrero animoso, atrevido y temerario es el contraste más chocante con un Pastor de Almas. Catón y Sócrates mismos, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelo a los próceres de nuestra sagrada religión. Por tanto, Ilustrísimo Señor, yo me atrevo a pensar que V. Señoría Ilustrísima está apoyado sobre firmes y poderosas razones para dejar huérfanos a sus mansos corderos de Popayán; mas no creo que V. S. I. pueda hacerse sordo al balido de aquellas ovejas aflijidas y a la voz del gobierno de Colombia, que suplica a V. S. I. que sea uno de sus conductores en la carrera al cielo. V. S. I. debe pensar cuantos fieles cristianos y tiernos inocentes van a dejar de recibir el sacramento de la Confirmación por falta de V. S. I.; cuántos alumnos de la santidad van a dejar de recibir el augusto carácter de ministros del Creador, porque V. S. I. no consagra su vocación al altar y a la profesión de la sagrada verdad... Sepa V. S. I. que una separación tan violenta en este hemisferio, no puede sino disminuir la universalidad de la Iglesia romana, y que la responsabilidad de esta terrible separación recaerá muy particularmente sobre aquellos que pudiendo mantener la unidad de la Iglesia Romana, hayan contribuido con su conducta negativa a acelerar el mayor de los males que es la ruina de la Iglesia y la muerte de los espíritus en la eternidad”.

La respuesta de Monseñor Jiménez de Enciso tuvo que colmar de complacencia el generoso corazón del Libertador.

“Me convencen, le dice, las poderosas razones que V. E. tiene a bien manifestarme, para que sacrificando mis deseos de retirarme a España, prefiera los intereses de la religión a cuanto yo pudiera apetecer. Por esta razón me someto en un todo a la voluntad de V. E., y estoy pronto a permanecer en territorio de la república, prestándole mi más sumisa obediencia con tal de cooperar en cuanto mis fuerzas alcancen a que prospere en estos países el tesoro inestimable de la religión de Jesucristo”.

El Libertador dio así a Santander el parte de su glorioso triunfo: “El Obispo de Popayán se ha rendido a mis instancias, a la razón y sobre todo al bien propio general. Es hombre de mucho talento; tiene una lógica muy militar; es locuaz y dice bien... Nos será muy útil, porque es hombre susceptible de todo lo que se puede desear en favor de Colombia”.

No es necesario habilidoso conocimiento del corazón humano para adivinar cuántas intenciones, aunque lícitas por patrióticas y generosas, entrañe la última frase del documento citado: “... yo soy el protector nato de mis conquistas, y veo al Obispo de Popayán como una de ellas”; pero tampoco parece justo negar que Roma estaba ya más cerca de la Nueva Granada y Pío VII sería más benévolo con la

Gran Colombia. Por qué no podía ser esta la primera y más patriótica intención del Libertador?

Los hechos están en favor de nuestro juicio. La primera actitud de Lasso de la Vega y de Jiménez de Enciso, después de su inteligencia con el Libertador, es escribir al Papa: el 20 de octubre de 1821 y el 19 de marzo de 1823 lo hace el primero; y Jiménez, el 19 de abril de 1823. Sólo el 7 de septiembre de 1822 dio respuesta Roma a la primera carta de Lasso de la Vega; y él mismo, en nuevo documento da cuenta a la S. Sede de la alegría con que el Cabildo Metropolitano y el clero, los hombres y mujeres, el Senado y la Milicia, los ciudadanos y el pueblo recibieron la carta sagrada que besaban con piadosa reverencia y estimaban como verdadero don de Dios y base para el porvenir de la benignidad del Papa y de la protección y perpetua comunicación que esperaban en la fe y obediencia de Pedro.

El subido valor histórico del documento romano del 7 de septiembre de 1822 sólo se aprecia justamente cuando se tiene en cuenta que él cristaliza el noble anhelo por muchos años perseguido. La Constitución de Cundinamarca de 30 de marzo de 1811 estatuyó: "A fin de evitar el cisma y sus funestas consecuencias se encargará a quien corresponda que a la mayor brevedad posible y con preferencia a cualquiera negociación diplomática, se trate de establecer correspondencia directa con la Silla Apostólica, con el objeto de negociar un concordato y la continuación del Patronato que el gobierno tiene sobre las iglesias de estos dominios". En 1813 Delpesch y Palacio Fajardo, en nombre de Venezuela y Cartagena, confiados en Napoleón, quisieron que el prisionero Pío VII les fuera benévolo; la misión Gómez, de Argentina, en 1819, también pretendió obtener gracias del Papa en favor del Nuevo Reino; todo fue inútil. El mismo denso informe, escrito por don Andrés Bello, que Fernando Peñalver y José María Vergara, comisionados de Venezuela y Nueva Granada, dirigen a la Secretaría de Estado de Pío VII, en 1820, y que es el primero, según parece, en llegar al Vaticano en nombre de la emancipación hispano americana, también resulta frustrado. Y son ineficaces las misiones de Francisco Antonio Zea, de Echeverría y de Ignacio Tejada. Sólo la intervención resuelta y previsoramente de Bolívar logró preparar los caminos que habrían de conducir hasta la Gran Colombia el mensaje de Pío VII... "ita etrum fidellum necessitatibus in istis americae regionibus providere vehementer cupimus"; y el no menos paternal de León XII... "ut spiritali fidelium ipsorum necessitati qua meliori fieri poterit ratione subsidio veniamus".

Deseamos fervorosamente atender también a las necesidades de los fieles que viven en esas regiones de América.

Acudiremos en la ayuda de la necesidad espiritual de esos fieles con nuestra mayor solicitud.

Por innegable intervención de Bolívar se alejaba de la Gran Colombia el peligro del cisma, y ya el 6 de junio de 1827, Fernández Madrid, Ministro de Colombia en Londres, escribió al Libertador: "El Papa se ha decidido al fin a satisfacer a las necesidades espirituales de Colombia. El Sr. Caicedo, Arzobispo de la Metropolitana de Bogotá; el Señor Méndez, de la de Caracas; el Señor Esteves, Obispo de Santa

Marta; de Antioquia, Fray Mariano Garnica; de Quito, el Señor Escobar; Obispo Auxiliar de Bolivia, el Señor Terrazas”.

La íntima alegría que causó este triunfo en el corazón del Padre de la Patria le obligó a decir: “Una cadena más sólida y brillante que los astros del firmamento nos liga nuevamente a la Iglesia de Roma, que es la fuente del cielo. Los descendientes de San Pedro han sido siempre nuestros Padres, pero la guerra nos había dejado huérfanos, como el cordero que bala en vano por la madre que ha perdido. La madre tierna lo ha buscado y lo ha vuelto al redil; ella nos ha dado Pastores dignos de la Iglesia y dignos de la República. Estos ilustres Príncipes y Padres de la Grey de Colombia son nuestros vínculos sagrados con el cielo y con la tierra. Serán nuestros maestros y los modelos de la religión y de las virtudes políticas. La unión del incensario con la espada de la Ley es la verdadera Arca de la Alianza”.

Viva, clara y veraz como la voz del Libertador, responde el elogio la del Obispo de Popayán Jiménez de Enciso: ... “En mi concepto se puede llamar a Bolívar el arca de la salvación de la república, y el sujeto de las circunstancias para la futura felicidad de Colombia”.

Crezca más y más en las generaciones bolivarianas la devoción por los nobles ideales del Libertador; y en los altares de la Patria nunca se marchiten los laureles para quien quiso siempre proteger los triunfos de su espada con la sombra fecunda y pacífica de la santa Cruz.

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Arzobispo de Medellín, Gran Canciller de la Pontificia Universidad Bolivariana, aceptad mi respetuoso agradecimiento por vuestro beneplácito para el honor que se me ha dispensado. Vuestra significativa presencia aquí confirma por milésima vez que en rectitud de criterio y en hidalguía de caballerosidad si hay quien os iguale, qué difícil hallar quién os supere.

Ilustrísimo Señor Rector Magnífico: Prospere Dios vuestros días con la única prosperidad que anhelaís: el engrandecimiento de la Pontificia Bolivariana para la mayor gloria de Dios; y sigan lloviendo sobre vos las divinas bendiciones para que el bello ejemplo de una vida consagrada sin tregua a la causa del bien os merezca por siempre puesto de honor entre el glorioso Clero de la Patria.

Venerables Sacerdotes y Religiosas, Señores y Señoras: Creed en mi profundo agradecimiento por vuestra compañía, porque estoy convencido de que os dió cita aquí más que un puro deleite de la mente, una noble complacencia del corazón.

La simbólica hoja de palma que ahora pudieran recibir mis manos ha de quedar tendida a los pies de los altares de Dios. En su humilde ademán pida y obtenga bendiciones para la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Bolivariana y para toda la Universidad; y en nombre de quien reverentemente la ofrenda diga siempre en su místico silencio: sólo a Dios todo honor y toda gloria.